



# LA VOZ DE LOS INVISIBLES

**Novedad editorial.** Se publica por primera vez en castellano 'Algodoneros', de James Agee, sobre los aparceros de Alabama durante la Gran Depresión » El reportaje, para la revista 'Fortune', nunca vio la luz

Por **Antonio Rojas**

En el verano de 1936, en plena Gran Depresión, la revista *Fortune* encargó a su redactor James Agee (Knoxville, Tennessee, 1909-Nueva York, 1955) un reportaje sobre las condiciones de vida de los granjeros arrendatarios de Alabama. El crítico, dramaturgo y poeta estadounidense, célebre por su novela autobiográfica *Una muerte en la familia*, publicada tras su muerte y ganadora del Premio Pulitzer en 1958, y por ser el autor de los guiones cinematográficos de *La reina de África* y *La noche del cazador*, viajó al condado de Hale en compañía del fotógrafo Walker Evans, uno de los máximos exponentes de la fotografía documental norteamericana.

El fruto de aquella perturbadora experiencia fue el libro *Ahora elogiamos a hombres famosos* (1941), en el que Agee y Evans reflejaron el día a día de tres familias de campesinos algodoneiros: la de Floyd Burroughs, la de su suegro, Bud Fields, y la de su cuñado, hermano de su mujer, Frank Tingle, afincados en un promontorio de tierra roja, Mills Hill, en Hale, en el centro oeste de Alabama.

Con este conmovedor retrato, Agee pretendía representar con justicia al millón y cuarto de familias (entre ocho millones y medio y nueve millones de granjeros arrendatarios de la región algodoneira más importante de Estados Unidos), aunque el resultado final sea un emotivo canto a la dignidad humana, un homenaje a todos los seres anónimos víctimas del capitalismo más atroz y de la explotación del hombre por el hombre.

El primer intento de narrar la historia de aquella estancia entre aparceros blancos nunca vio la luz en *Fortune*. Lo más probable es que a los editores de la publicación, que formaba parte del imperio mediático de Henry Luce (que incluía *Time* y *Life*), debió parecerles que el desgarrador texto podía resultar molesto e incómodo para sus bienpensantes lectores.

El propio Agee escribió tras los dos meses entre agricultores: «Siento que esta crónica es una enorme responsabilidad; albergo muchas dudas sobre mi capacidad de sacarla adelante; dudo aún más que



*Fortune* esté dispuesta a emplearla como yo (en teoría) creo que debe utilizarse». El original de aquel manuscrito, que permaneció oculto durante décadas entre los papeles inéditos de Agee, ve ahora la luz por primera vez en castellano: *Algodoneros. Tres familias de arrendatarios* (Capitán Swing).

**RETRÓGRADO.** El libro es un ataque sin remilgos contra un sistema de clases retrógrado y opresor, una narración que se funda en las vivencias particulares de quienes se encuentran en el escalón más bajo de la sociedad. Agee no duda en lanzar una denuncia clara, en gritar contra el sufrimiento, las injusticias y el dolor de sus semejantes: «Una ci-

vilización que por la razón que sea pone una vida humana en desventaja; o una civilización cuya existencia radica en poner vidas humanas en desventaja, no merece llamarse así ni seguir existiendo».

Este largo artículo es una crónica detallada de lo que acontece a las vidas consumidas, atrofiadas por la pobreza y el esfuerzo continuo, dañadas por las circunstancias, de tres familias de granjeros atados a las tierras. Unos campos que son propiedad de unos terratenientes que han impuesto unos acuerdos agrícolas que impiden a los arrendatarios huir de la miseria material — y no solo — en la que están instalados. A través de nueve breves capítulos, salpicados por

## Denuncia

*El libro es un ataque sin remilgos contra un sistema de clases retrógrado y opresor, una narración que se funda en las vivencias de los más desfavorecidos*

las impactantes fotos de Evans, James Agee va desgarrando esas condiciones extremas y crueles: *Dinero, Cobijo, Comida, Ropa, Trabajo, Temporalidad de recolección, Educación, Ocio y Salud.*

Y aunque no se recrea en los detalles más escabrosos o violentos de esas existencias miserables, para no caer en el voyeurismo, sí deja claro al lector que está dando cuenta de una sociedad anclada en una vertiginosa combinación de feudalismo y de capitalismo en la que existe un tipo de ser humano «cuya vida se nutre de una posición aventajada adquirida de la desventaja de otros seres humanos, y que prefiere que esto permanezca de este modo».

A esta clase de personas, re-

## Familias

*Reflejaron a tres familias de campesinos: la de Floyd Burroughs, la de su suegro, Bud Fields, y la de su cuñado, hermano de su mujer, Frank Tingle*

calca, se le llama seres humanos por definición, pero en realidad tienen «mucho más en común con el chinche, el cáncer y los carroñeros del hondo mar».

De cualquiera de los capítulos se pueden extraer fragmentos sobrecogedores y cargados de emoción. Al hablar de los Tingle, de los que afirma que son incapaces de controlar mínimamente sus vidas, apunta: «La pobreza provocó su desidia; su desidia agrava su pobreza; las enfermedades campan a sus anchas entre ellos, libres como puercos en un jardín; y así prosigue el suma y sigue exponencial, en constante degeneración». Si son como son no es por ser arrendatarios, sino por su ignorancia, su desidia y



**De Evans.** El reportero James Agee llevó a cabo este reportaje en Alabama con el fotógrafo Walker Evans, uno de máximos exponentes de la fotografía norteamericana. Reproducimos algunas imágenes que aparecen en el volumen.



una tradición profundamente rural: «Es también de justicia hacer notar que la ignorancia, la desidia y la tradición en sí mismas son el inevitable producto de una única cosa: la pobreza».

**SIN EDUCACIÓN Y SANIDAD.** El acceso a la educación está lleno de dificultades. Los adultos apenas saben leer, deletrear, escribir su nombre o

contar. Los pequeños tienen que desplazarse a largas distancias para ir a la escuela. De ahí el absentismo y el abandono prematuro de la enseñanza. «Elizabeth dejó la escuela cuando estaba en quinto grado porque le dolían muchísimo los ojos cada vez que estudiaba libros. Ni se habló de comprar

unas gafas; y de haberlo hecho habrían sido de baratillo como las que lleva su padre, por pura decoración, los domingos».

Dramática es su situación en cuanto a salud se refiere.

Enfermos en su mayoría, sin posibilidad de pagar asistencia médica o medicamentos, la mortalidad entre ellos es muy alta.

«De los siete hijos que han perdido los Tingle, uno vivió hasta los cuatro años, y se tiró una tetera hirviendo encima. Uno llegó a cumplir los cinco años, se comió una salchicha ahumada en mal estado una noche y había muerto antes de que saliera el sol. Los demás murieron antes de cumplir el año».

El libro se cierra con sendos anexos sobre los granjeros negros y los terratenientes. De los primeros, cuyas condiciones son bastante peores que las de los arrendatarios blancos, va refiriendo características para concluir que se trata de criaturas tan abonadas a la enfermedad, tan faltos de cualquier posibilidad de respetarse a sí mismos, tan hambrientos y tan profundamente ignorantes, «que resulta asombroso que unos pocos blancos sureños puedan creer que el negro es un ser humano». De los dueños de las tierras opina que son individuos simples, provincianos, intolerantes, poderosos y esencialmente inocentes.

**¿Y LAS CUARTERÍAS?** A pesar del tiempo transcurrido desde que las páginas de *Algodoneros* fueron escritas, a pesar de que describen un mundo de-

saparecido, resultan de una rabiosa actualidad.

Las situaciones descritas por Agee nos golpean a diario, como bofetadas, desde los medios de comunicación, pues son las mismas a las que se enfrentan en su existencia cotidiana las clases trabajadoras en los países del Tercer Mundo, en esos territorios distantes que los periodistas se empeñan en acercarnos.

Y a lo mejor, si además de una detenida lectura, contemplamos las fotografías de

Walker Evans, quizás nos vengan a la cabeza las escenas que no hace tanto tiempo se vivían en las cuarterías grancanarias. De igual modo, adentrarse en las páginas de *Algodoneros* puede actuar como estímulo para aventurarse en las de una de las grandes novelas de la literatura universal, igualmente ambientada en los años de la Gran Depresión: *Las uvas de la ira*, del norteamericano John Steinbeck.

**Cuarterías**  
*Las fotografías de Walker Evans pueden recordar escenas que no hace tanto tiempo se vivían en las cuarterías grancanarias*